

D'Angeli, Liliana. (2009). *La gestión compartida como modelo de inclusión urbana*. En: Encrucijadas, no. 48. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

VILLA PALITO

LA GESTIÓN COMPARTIDA COMO MODELO DE INCLUSIÓN URBANA

Liliana D'Angeli

Villa Palito nació en 1962 como consecuencia de la compulsiva erradicación de villas en la Capital Federal. Sus habitantes continuaron en forma precaria su instalación en una zona que se transformó en una de las más estigmatizadas del Conurbano [1]. La experiencia que comenzó a fines de los 90 resultó un modelo de gestión inédito de coparticipación para la inclusión. Habitantes, técnicos y el Estado confluyeron a raíz de la presión de los grupos sociales marginados, de su participación activa e incesante.

Desde el campo del urbanismo, una cruda reflexión nos lleva a reconocer que muchos proyectos que pretenden modificar ámbitos marginales sólo han acentuado la estigmatización de sus habitantes. Una razón de este fenómeno se explica porque las estrategias empleadas siempre han operado desde una lógica de opuestos, instaurada académicamente: “ciudad legal/ciudad ilegal”. O bien en lo geométricamente rotulado: “ciudad formal/ciudad informal”, o el tradicional par “centro/periferia”, aún vigente.

Sin embargo, en los últimos años han aparecido nuevas miradas y políticas de reformulación y acción, fundamentadas en la necesidad de una superación de esas categorías, indudablemente perimidas.

En Latinoamérica, en la búsqueda de mejores condiciones de vida –fundamentalmente acercándose a los centros urbanos para acceder al mercado laboral–, los grupos sociales más desposeídos ocupan territorios que testimonian su condición de exclusión. Se radican en las tierras que la ciudad, ya configurada, deja vacantes. Generan de este modo un hábitat que se sitúa entre dos polos de tensión: la “apropiación” y la “represión” (Doberti y otros: 1999) [2].

La observación, desde un enfoque social e interdisciplinario, de la dimensión más tangible del conflicto de la vivienda, exige interpretarla de otro modo. Es preciso analizarla en tanto elemento de exclusión o de inclusión en la ciudad, lo que conlleva, consecuentemente, el derecho a la ciudadanía.

INTERACCIÓN GENERACIONAL DE EXPERIENCIAS VIVIDAS

Para establecer un cable a tierra, es decir, un referente concreto, es necesario referirse a la calificación de “las huellas de lo urbano”. Este concepto surge de las entrevistas no estructuradas, realizadas en el contexto de un proceso de urbanización muy particular: el de Villa Palito, Barrio Almafuerte de La Matanza, en el conurbano bonaerense. En la actualidad, una primera observación de este barrio lo describiría como un caso más de la planificación estatal y ordenamiento territorial en la periferia. Sin embargo,

para los que acompañaron ese proceso –la construcción de las primeras viviendas, las demoliciones y los traslados–, la acción de apropiación ha dejado improntas en la conducta individual. Los habitantes de la villa, trascendiendo su condición aislada, han construido numerosas organizaciones comunitarias tan fructíferas que otras villas del conurbano bonaerense se han sentido motivadas a imitarlos para conseguir resultados semejantes. El planteo de este trabajo se realizará, en este sentido, con tres pares significativos: la toma y la trama; el censo y el consenso; la transgresión y la transferencia.

Antes de este desarrollo es preciso señalar que Villa Palito nació a raíz de la compulsiva erradicación de villas en la Capital Federal. La conformación de los llamados Núcleos Habitacionales Transitorios (N.H.T) propiciaba no sólo un violento desarraigo de grupos marginados instalados en otros sectores del territorio. Su concepción ya llevaba implícito un modelo de exclusión.

El traslado a las viviendas definitivas nunca llegó a concretarse. La sigla de “NHT”, técnicamente neutral, fue reemplazada paulatinamente a partir de las organizaciones villeras, por la denominación “villas cuartel” [3]. Signado por un destino inapelable, el Partido de La Matanza vivió más duramente el arribo de “nuevos villeros” también erradicados de la Capital. Esta vez, el ejecutor de la expulsión fue la última dictadura militar de la Argentina [4].

En cuanto a Villa Palito, originada en los N.H.T., y luego en torno a ellos, su transitoriedad devino entonces en hábitat permanente. Sus habitantes no regresaron a sus lugares de origen ni a las villas capitalinas. Anclados allí, continuaron en forma precaria su instalación en lo que se transformó en una de las villas más estigmatizadas del conurbano bonaerense [5].

LAS HUELLAS VIVENCIALES DE LO URBANO: LA TOMA Y LA TRAMA

El 2 de octubre de 1999 fue una fecha de cambios. Lindante a la villa había un sector denominado “el campo”, y es allí donde se produjo “la toma”. Si bien la villa era propietaria desde 1994 de 41.68 hectáreas, esto no estuvo muy claro para sus habitantes. Hasta entonces había permanecido circunscripta a una superficie de 23 hectáreas.

Ese año hubo una transformación de la organización social interna. Acerca del tema, cuenta el actual presidente de la Cooperativa Madre: “La necesidad llevó a que la gente pase hacia la parte de atrás del barrio, que son unas 20 hectáreas, libres desde hace años, desde que existe el barrio. Se empieza a tomar posesión sobre la tierra, una, dos, tres, cuatro familias, era tanta la necesidad que la gente fue agarrando. Se marcaron casi unos 300 y pico de lotes...En dos días, se tomó todo.

Yo jugaba al fútbol, y cuando llegué me dijeron: ‘¡andá!, fijate lo que pasó en el fondo’. Se marcaban los terrenos de 10 x 20. Ese día llegue cuando la toma ya estaba hecha.

Hoy muchos me preguntan convencidos: 'la toma la organizaste vos, ¿no?' Y yo les digo: '¡No!, la toma se organizó sola'".

Fueron varios meses durante los cuales, teniendo la casa familiar a pocos metros, ocupaban día y noche su terreno. Permanecían allí, con un fuego encendido entre chapas y maderas precarias, y guardias de serenos para que no los desalojaran.

El espacio cartesiano homogéneo, tan criticado en el ámbito académico (por su neutralidad para incluir la dimensión social), aquí se presenta como insignia de superación de la estigmatización. Está justamente acompañado, incesantemente, por la palabra "urbanización".

En Villa Palito, la adopción del modelo "formal" de urbanización no se limita a la lectura abstracta de un plano sino que implica la búsqueda de determinaciones políticas, proyectuales y sociales. Éstas pretenden la interacción entre planificadores y pobladores. El modelo se encuentra absolutamente instalado en su imaginario como expresión nativa de "urbanización". Y las determinaciones dan lugar a la construcción de nuevas modalidades de gestión no registradas en el ámbito académico ni en el político, que deben tenerse en cuenta a la hora de incluir y desestigmatizar a los residentes de los llamados, en la jerga cotidiana: "barrios pobres".

Pero lo sustancial es que, en 2000, la gente retrocedió de la toma y abandonó el terreno ocupado en aras de un proyecto para todos.

El hegemónico imaginario que ha instalado "la ciudad formal" desde la apropiación del espacio con la regularidad de sus trazas llevó a que los propios habitantes, que se quedaron en la villa histórica, aceptaran la regularización de su trama. Este proceso se llevó a cabo, fundamentalmente, abriendo calles y sacando casas, dando lugar al esponjamiento. Del mismo modo, agrandando los pasillos o "caminitos", que son un reflejo de lo que ellos interpretan como "falta de oxígeno" y "contaminación".

EL CENSO Y EL CONSENSO

Si bien en el '99 se tomaron las tierras, ya había un derecho sobre ellas. Sin embargo, aparecía en la imagen prospectiva de sus debates el hecho de que solamente se extendería la villa, manteniendo sus condiciones precarias de asentamiento.

Los planos surgieron por la necesidad de decir: "Tenemos que dividir la tierra". Y para ello, necesitaban saber cuántos eran. Intervino en la distribución de los loteos un maestro mayor de obras que había vivido en el barrio, poniendo condiciones para su asesoramiento:

"Ellos simplemente me llaman para saber cómo dividir las tierras y hacerles los planos, pero allí nace el concepto de urbanización... Quería que entendieran la palabra "urbanización". La toma era sólo una solución momentánea. Entonces la solución para ellos y para los hijos era trabajar por la urbanización. Yo les hacía los planos... ¡Y en el

Municipio los recibían! Creo yo que era porque tendrían miedo de que les cortaran la ruta”.

El primer trabajo técnico, levantado el asentamiento, fue realizar los censos. Se tomó de base el de 1999 de la Dirección de Acción Social Municipal: eran 1307 familias.

Más allá de estos datos, y luego de interminables asambleas, se llegó a consensuar que los terrenos que habían sido tomados individualmente les pertenecían a todos. Que ya eran dueños e incluso, quizás, hasta del mismo lote que habían ocupado. Necesitaban un trabajo organizado para hacer un barrio.

Con las 20 hectáreas limpias sin rastros de la toma pero con los números exactos de los habitantes y, fundamentalmente, con el conocimiento de la situación particular de cada familia a través del trabajo de la Cooperativa, el barrio esperó cinco años más para firmar los primeros acuerdos para la urbanización. En septiembre de 2004 empezaron las tareas de infraestructura del Programa de Mejoramiento de Barrios.

Las gestiones se sucedieron una a una, configurando un escenario donde la Cooperativa Madre del Barrio Almafuerde articuló su visión de la urbanización del barrio. Esta se concretó con la presencia de diversos entes estatales que se complementan: el Programa de Mejoramiento de Barrios de Nación; el Programa Dignidad, dependiente de la Provincia de Buenos Aires; el Programa de Emergencia Habitacional dependiente de Nación; el Plan “Techo y Trabajo” con la construcción de viviendas organizadas bajo cooperativas de Jefas y Jefes de Hogar, y el Subprograma de Mejoramiento de Villas. Se sumó la construcción de 13 viviendas donadas por el Consulado de Francia, y una amplia escuela y una guardería, producto de gestiones con la Provincia de Buenos Aires.

Cada desplazamiento está estudiado y sectorizado según el plan mayor de urbanización dentro de un proceso dinámico, con modificaciones continuas, en las que trabajan los vecinos y el municipio, en reuniones periódicas.

LA TRANSGRESIÓN Y LA TRANSFERENCIA

Villa Palito creó un Escuadrón de Demolición, un grupo de más de ochenta pibes, habitantes de la villa, que tiraron abajo las casas viejas del casco histórico. Trabajaron desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde y recibieron honorarios que se pagaron a través de financiamiento que consiguió la Cooperativa. En el escuadrón, además, se aprendió albañilería, plomería y se dieron nociones de contención humana, en casos traumáticos.

El cambio de sentido de la impronta de demoler es casi increíble para un habitante de la ciudad formal. Cada casa desocupada, tras una mudanza, no podrá ser ni vendida ni alquilada. Es un espacio que deberá ser cedido al proyecto común.

El caso de Villa Palito, en particular, es el de una manifestación exitosa del diálogo entre “el Diseño” y “el Habitar”. Es, precisamente, un modelo de gestión inédito de coparticipación para la inclusión, en el cual habitantes, técnicos y Estado confluyen, a raíz de la presión de los grupos sociales marginados, de su participación activa e incesante.

Esta dinámica, supuestamente, se traslada a una diversidad de políticas de Estado, que adoptan e implementan estrategias aprehendidas y apropiadas de experiencias como la de Villa Palito. La instrumentación y gestión de procesos semejantes está en el discurso de los protagonistas estatales.

Sin embargo, son los integrantes de las Cooperativas de Palito, quienes no sólo desean transferir su experiencia de urbanización sino que, además, y esto es preciso remarcar, son convocados para hacerlo en otras villas del conurbano bonaerense y del resto del país.

Y aquí, entonces, conviene detenerse en determinados aspectos del proceso vivido por esta villa. Un proceso que comenzó en 1962 con la expulsión, una suerte de destierro por la fuerza que se sumaba al destierro voluntario original, para intentar escapar de la miseria o trocársela por otra de distinta categoría, sólo por su integración en la cartografía de la gran ciudad y la proximidad de alternativas laborales.

Pero en 1999 ocurrió lo inesperado. Tras 37 años de resignación, de una “apropiación” obligada, dramáticamente respetuosa del polo de la “represión”, se produjo la toma de tierras. Ese terreno abierto, “el campo”, no fue ocupado sino hasta el fortuito descubrimiento de que les pertenecía.

Y aunque el salto en firme -que reemplazó el vértigo de un eventual salto al vacío, de un reclamo prohibido, de una apropiación ilegal pero esta vez elegida-, sólo se produjo cuando ese permiso fue conocido. Lo amenazador vino después.

La toma fue un llamado de atención, pero el verdadero estallido frente a la estrategia de desidia del sistema fue el acto de retrotraer la toma. Lo realmente amenazador fue, a través de interminables debates, consentir masivamente abandonar una superación individual, análoga a aquella con que el nuevo capitalismo domestica a las sociedades, para admitir una propiedad compartida.

Es clave rescatar lo remarcado líneas arriba: no sólo es una iniciativa de los habitantes de Villa Palito, de sus representantes, llegar hasta otras villas y narrarles su historia.

También se les ha encomendado esa tarea. Pero el nivel de organización minuciosa, adquirida a través de generaciones de procesar una condición de marginados por partida doble, de descartados hasta de los descartados mismos es a menudo intransferible, incomprensible en ámbitos donde los numerosos grupos sociales están

dispersos, o se oponen entre sí, sin motivos reconocibles para cambiar esta postura, para conformar un núcleo común.

Villa Palito tuvo un territorio que conquistar. Quizás no lo vio hasta que alguien cruzó esa frontera porque descubrió que la frontera no existía. Una paradoja cruel, conquistar lo que ya era propio. Pero ese territorio, una vez reconocido, permitió avizorar un futuro donde la utopía de la dignidad, palabra tan vaciada de sentido, tan enferma por el abuso. La “dignidad” era posible. Y todo lo que ella implica, empezando por la inclusión.

El terror del sistema al fantasma de la organización, cuando ésta no conoce o sabe superar ideologías en aras de un proyecto común, forzó a encontrar remedios para este pequeño gran escándalo.

REFERENCIAS

[1] El predio se halla localizado en un sector estratégico frente al Camino de Cintura (Ruta 4), cercano a la Ruta 3, la Avenida Crovara y la Estación de Ferrocarriles de La Tablada. Por lo tanto, presenta buena accesibilidad e inmejorable conexión con la Capital Federal , y con los centros de servicios y equipamiento.

[2] Sus fachadas hacia la ciudad (sólo 4 cuadras) se encuentran sobre la Ruta 4 y es considerada una de aquellas villas donde deben subirse los vidrios de las ventanillas de los autos por seguridad o ni siquiera parar en los semáforos. Caminando por estas veredas, irregulares, algunas de tierra, otras de cemento y otras de baldosas, no encontramos que caminen por ellas habitantes que no pertenezcan a la propia villa. Hasta mediados del 2004 se registraba al barrio como zona “roja”, medido por la cantidad de denuncias registradas. Hoy, sus habitantes aseguran que tal estigmatización fue borrada gracias al proceso de urbanización que llevan a cabo, pues además de la situación física de la construcción, se produjo un cambio social en sus pautas culturales.

[3] DOBERTI, R; GIORDANO, L; PETRILLI, M; FERNÁNDEZ CASTRO, J; MISURACA, A; D'ANGELI. *La Incógnita del Gran Buenos Aires* . Edición CAPBA. Morón, Argentina. 2000.

[4] BLAUSTEIN , Eduardo . *Prohibido Vivir aquí* . Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura. E- Punto de Encuentro. 2006

[5] El predio se halla localizado en un sector estratégico frente al Camino de Cintura (Ruta 4), cercano a la Ruta 3, la Avenida Crovara y la Estación de Ferrocarriles de La Tablada. Por lo tanto, presenta buena accesibilidad e inmejorable conexión con la Capital Federal , y con los centros de servicios y equipamiento.

[6] Sus fachadas hacia la ciudad (sólo 4 cuadras) se encuentran sobre la Ruta 4 y es considerada una de aquellas villas donde deben subirse los vidrios de las ventanillas de los autos por seguridad o ni siquiera parar en los semáforos. Caminando por estas veredas, irregulares, algunas de tierra, otras de cemento y otras de baldosas, no encontramos que caminen por ellas habitantes que no pertenezcan a la propia villa. Hasta mediados del 2004 se registraba al barrio como zona “roja”, medido por la cantidad de denuncias registradas. Hoy, sus habitantes aseguran que tal estigmatización fue borrada gracias al proceso de urbanización que llevan a cabo, pues además de la

situación física de la construcción, se produjo un cambio social en sus pautas culturales.